



Tenebra Daniel
Krauze

DESTINO

Tenebra

Daniel
Krauze

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1520

© Daniel Krauze, 2020

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S. A. de C. V.
Bajo el sello editorial SEIX BARRAL M.R.

© Editorial Planeta, S. A. (2021)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: enero de 2021

ISBN: 978-84-233-5862-5
Depósito legal: B. 20.451-2020
Preimpresión: Realización Planeta
Impreso por CPI (Barcelona)
Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Julio

—¿Y eso de qué me sirve, Julito?

Esa es la bronca de negociar cuando estás pedo. Crees que ser terco y ser firme es lo mismo. Hubiéramos cerrado el trato después del postre si Caballero no insistiera en chupar y hablar, hablar y chupar. Mientras, yo brindo con un caballito de agua. Siempre llego antes a las citas de trabajo y le paso una lana al mesero para que me sirva agua en vez de tequila. Solo me tomo una copa de vino si piden una botella que valga la cruda.

—Licenciado, lo único que le estamos pidiendo es su apoyo. No tiene que hacer campaña ni subirse al estrado. ¿Sí me entiende?

—Ustedes los políticos. —Caballero barre con la mirada a dos viejas a las que les dobla la edad—. Apoyo el que le doy a mi mamá cuando me habla de su casa hogar. Lo que me estás pidiendo es lana. Soborno.

—Nada de eso, licenciado. Es un trueque. Un trueque justo.

Caballero echa el cuerpo contra el respaldo y jala aire, inflando la barriga. Un botón de su camisa rosa está desabrochado y en el hueco entre la tela se asoma un parche de grasa y pelos tiesos. Sabe que le puede ofrecer dinero a presidentes municipales, incluso directamente a Ávila, y tal vez conseguiría los permisos que quiere. Pero no sin pelearse con mi jefe. Y eso no le conviene.

—Te voy a decir qué me emputa. ¿Quieres otro tequila?

—No, muchas gracias, licenciado. Así estoy bien.

Levanta la mano, le truena los dedos al mesero al ritmo de «oye, oye, oye, a ver, ven acá, tráeme otro Herradura reposado», y luego prende un cigarro. Le da una buena fumada, con el filtro entero en la boca, succionando. Al lado de nosotros, un hombre igual a Caballero, con el mismo cuerpo mantecoso, le lengüetea la oreja a una mujer con look de secretaria. El restaurante huele a carne, cebollas fritas y vinagre.

—He «apoyado» a Óscar desde que tú estabas de-deándote a tu noviecita de secundaria. Y no solo con lana. Hice y deshice para conseguirle un chingo de negocios en Quintana Roo. Que si para pasarle un billete a este ejidatario, lubricar a este otro. ¿Quién crees que le presentó a Kuri para que pusiéramos los hotelitos esos?

—Me parece que su ayuda ha sido bien remunerada. Tengo entendido que tiene, ¿cuántos?, ¿quince expedios en los aeropuertos del estado?

No tiene quince sino veinte, pero quiero ver qué tan mamón es.

—Veinte —me responde con la frente en alto—. Pero ese no es el punto. Vengo buscando a tu jefe desde hace meses. Por fin consigo una pinche cita y ¿a quién me manda? A su achichinle. ¿Me merezco este trato?

—A su operador.

—Mira, Julito. —Caballero apaga el cigarro en el cenicero. El mesero le trae el tequila y se lo echa de un trago—. Si quieres decir que eres su gerente, su escudero o su nana, a mí me vale un kilo de verga. Eres su achichinle. Su gato. El que va con un recogedor detrás, levantando la caca. ¿Sí me explico?

No digo nada.

—Pero no te encabrites. Si te suelto netas es por tu bien.

—Usted me puede llamar como quiera. Eso no va a cambiar la oferta del senador.

—¿Y de a cómo va a ser? Escríbelo ahí en una servilleta.

El senador me pidió que no hablara de cantidades con Caballero, un tipo que tiene fama de indiscreto, como buen alcohólico.

—Julito, que no se te vaya a ir el gordo —me dijo en su oficina, cuando ya no había nadie.

Si me lo hubiera dicho a las doce del día o durante una comida, me la tomaría con calma. Cuando me pide que me quede después de las nueve para hablar conmigo es porque el asunto le importa.

—No se preocupe. Yo me encargo de que le entre.

El senador se quitó los calcetines para cortarse las uñas sobre el escritorio y yo le acerqué un basurero. Otros miembros del equipo ya me habían platicado que andaba nervioso por lo de Caballero. Para él, estar nervioso significa mencionar algo dos veces en una semana. Landa, al que se le afloja la lengua, la cartera y la bragueta hasta con un chocolate envinado, me pidió que tuviera cuidado con Caballero. «Es un cabrón bien poderoso, Negro», me dijo cuando me fui a despedir a su oficina. ¿Bien poderoso? Puta, acá ya es poderoso el que es amigo de un tío de un primo de un diputado. Hasta Landa se sentía poderoso siendo el secretario particular del senador. Todos son poderosos por contagio.

—Caballero se va a hacer pendejo, va a decir que es mucha lana, se va a encabronar de que no fui personalmente. —El senador acabó con un pie y se fue al otro. Clic, clic, clic—. Tú te mantienes firme. Lo dejas flojito. Ya después le echo una llamada pa' soltarle la cifra.

No puedo decir cuánto queremos que nos dé, pero nada me impide confirmar o negar estimados.

—¿Usted qué tenía en mente, licenciado?

Estamos hablando de permisos para tres estableci-

mientos, con giros que no le van a gustar a los habitantes de la zona. El de Playa del Carmen, en particular, es un problema. El local que le pertenece está a un paso de la Quinta. Caballero recarga el cachete sobre los nudillos, desparramando pellejo sobre el dorso de la mano. Está revisando su teléfono debajo de la mesa.

—¿Licenciado? —repito—. ¿Qué cifra le parecería aceptable?

Caballero aguanta un eructo.

—¿Ahora vamos a jugar adivinanzas?

—Si no le molesta.

Si se va para abajo será más fácil pactar la cantidad que el senador tiene en mente. Si se va para arriba, el senador se puede arrepentir de no haber pedido más lana. Sospecho que se irá ligeramente abajo. No le conviene dar la impresión de que tiene más dinero del que nosotros creemos que tiene.

—A ver —me dice. Los nudillos le dejaron una mancha blanca sobre la cara que poco a poco se va enrojeciendo. Una gota de sudor le cuelga de la barbilla, pero no cae sobre el mantel—. Conociendo a Óscar yo te diría que quiere, no sé, ¿cinco?

Cruzo los brazos. Caballero entiende que no le ha atinado. Se rasca la nuca con sus dedos de salchichón.

—Tiene que ser un número redondo. ¿Ocho?

No muevo un párpado. De esto depende todo. Un pendejo como él tiene que entender que no estamos jugando.

—Sería una chingadera si me piden más de diez.

—Estoy de acuerdo.

Caballero levanta la uniceja.

—Diez. Órale, pues. Lo que está haciendo tu jefe es ponerme una tarifa. Cogerme porque puede, pues.

En mi experiencia así son todas las cogidas. Le pregunto si debemos pedir la cuenta y Caballero vuelve a alzar la mano, «oye, oye, oye, tráeme la terminal, órale,

como vas». Me toco el cuello. Yo también estoy sudando. Le pido un cigarro para festejar que muy pronto voy a estar en mi departamento, sin él. Me ofrece fuego. Siento su mirada mientras me acerco para prender el cigarro. Cuando nos separamos y él apaga la flama, veo que me sonrío.

—Me acuerdo cuando te conocí.

—Yo también me acuerdo, licenciado.

—En Cancún, hace como diez años. Una reunión en la que cantó el marica del Buki. Estábamos en el Ritz Carlton.

—El Grand Velas.

Caballero asiente, con ritmo. No para de sonreír.

—No te veías así de pulido, cabrón. Ahí andabas, siguiendo al entonces gobernador por todos lados. Dabas la mano viendo a los ojos, muy serio, muy pro. Un mosquito de veintitantos de asesor de uno de los políticos más peludos del país. Debes haber pensado que eras la gran verga. Ay, sí, ay, sí, trabajo para Óscar Luna Braun —dice Caballero, rematando con tonito de puto—. Pero no veías lo que todos veíamos. Tu trajesucho de poliéster. Tus mocasines con borlas. Tu corte y tus modales de pobretón, que solo aparenta tener clase porque sabe agarrar la cuchara.

Caballero se retuerce en carcajadas, interrumpidas por un gargajo atorado en los pulmones, hasta que empieza a toser. Nos traen la cuenta. Me detiene antes de que saque la cartera y avienta su American Express Black sobre el mantel.

—¿Y ora crees que por tu saco Armani y tu cadenita de oro ya eres otra persona?

—Mi saco es Brioni, licenciado.

Caballero empuja la silla hacia atrás y se levanta.

—Bien por ti. Ahora agarra tu saquito y vamos a cerrar esto como hombres.

Martín

Regresar a Cozumel a un velorio es lo único que le faltaba a mi semana. Llevaba un año sin venir y ahora estoy acá, vestido con el único traje negro que tengo, esperando que llegue mi familia y me salve de darles las condolencias a estas personas a las que no veía desde la adolescencia. Los pocos que reconozco me preguntan si sigo viviendo en la capital. Si sigo casado con Alicia. Si tengo hijos. El padrino de un amigo de la infancia, cuyo nombre no recuerdo, me pregunta si sigo estudiando Derecho, como si la idea que tiene de mí se hubiera quedado detenida en 1993, el año en que me fui a cursar la carrera.

Sí, Carmen, todavía vivo en la capital. Fíjate que me divorcié, Janito. No, nada grave. Llevábamos mucho tiempo juntos. Así es, Paola. Paula, perdón. Tengo una hija de seis años. Se llama Matilda. ¿Quieres ver una foto?

Se siente incómodo, casi indecente, hablar de una vida tan nueva como la de mi hija cuando con extender el brazo basta para tocar el ataúd de un hombre que murió a mi edad. Paula sabe, o presiente, esto. Me dice que la niña está bonita, su boca apenas capaz de formar una sonrisa, y después me pregunta qué me pasó en el pómulo.

Lo mismo me preguntó Alicia la última vez que pasé por Matilda hace unos días.

Me gustaría decir que llevo una buena relación con

mi exesposa, que acabamos en buenos términos y ahora somos uno de esos divorcios zen, donde cada quien vive su vida, acordamos lo mejor para nuestro retoño y nos deseamos prosperidad. Por desgracia, Alicia y yo somos el cliché de la discordia. A juzgar por su trato, cualquiera pensaría que nos divorciamos porque me acosté con su hermana y su mamá al mismo tiempo, sobre su cama, el día de su cumpleaños, y no porque un día decidió que ya no me quería. La desilusión de Alicia cuando me abre la puerta es siempre fresca. Fuimos novios tantos años que intuyo lo que piensa. ¿Cómo te pude escoger para padre de mi única hija? ¿Por qué cada semana te ves peor? ¿Por qué encontré pareja apenas firmé el divorcio y tú sigues viviendo solo, en el mismo polvoriento y mal pintado departamento?

Llegué al Pedregal a las siete de la noche y me estacioné frente a la casa que Christian le compró cuando se comprometieron. Hay sucursales bancarias más acogedoras. De portón de metal y muros color crema, coronados por una hilera de púas, la casa podría estar en cualquier suburbio del planeta. Su falta de identidad embona con Christian, un tipo que recuerda la alineación entera de los Cowboys de Dallas, pero no sabe el nombre de un solo integrante del gabinete presidencial. La mansión encarna los verdaderos motivos por los que Alicia me dejó. Siempre quiso estar en un lugar así, casada con un hombre amable, adinerado y soso como Christian; alguien capaz de proveer una vida plana, donde la única duda es qué se regalarán para su aniversario.

Toqué la puerta y me disculpé por la demora, alegando que el tráfico de la Del Valle al Pedregal fue un caos. Alicia se cruzó de brazos, no me invitó a pasar, gritó «¡Matilda!» y me rogó, como si me lo hubiese pedido cien veces antes, que la niña no se durmiera después de las nueve y media, que se acostara en *su* cama, cenara algo saludable y no se la viviera pegada a mi iPad.

Le pregunté si por iPad se refería a mi teléfono, probablemente uno de los prototipos originales del aparato.

—No es broma, Martín. Platica con ella, ponla a dibujar o léele un cuento, tú que eres dizque culto.

—Pensé que la cultura era el fuerte de su madre, tan ilustre historiadora del arte.

—El próximo miércoles tengo entrevista en el Tama-yo, así que aprovecha. Nomás te quedan unas semanitas para burlarte de que estoy desempleada.

—¿Desempleada o mantenida?

—Con lo que me depositas no podría pagar ni el lunch de Matilda.

—Para eso tienes a tu vendedor de seguros, lucrando como sultán con la miseria ajena.

—A diferencia de ti, que estás salvando a México un cliente a la vez. —Alicia recarga el rostro sobre su hombro, en actitud de compasión socarrona—. ¿Ya tienes un cliente?

Me duele admitirlo, pero esas discusiones con Alicia son el momento más emocionante de mi semana. Hasta sentí el pulso de mi verga endureciéndose al final del toma y daca. Aunque sé cómo se ve, sabe y huele la piel detrás de esos pants grises, esa camiseta holgada y esa chamarra de mezclilla, no me la quise coger, en parte porque recuerdo nuestros últimos acostones, más tristes que un sepelio (y, en muchos sentidos, similares). Mi erección fue la respuesta al único estímulo semanal que recibo. Sospecho que si fuera a un restaurante decente o viera una buena película, mi cuerpo reaccionaría con el mismo confuso entusiasmo.

—¿Qué te pasó en el cachete?

Me palpé el pómulo y el ardor me llevó al partido del domingo, en la liga llanera en la que juego, donde todos los fines de semana me veo envuelto en riñas y melés. No puedo evitarlo. Juego mal y jugar mal me irrita: a una

falta respondo con una patada, a un jalón de camiseta con un escupitajo, a un insulto con un puñetazo. Cualquier organismo medianamente civilizado ya me hubiera corrido hace años. Por suerte, las ligas llaneras de la Ciudad de México son territorios bárbaros, donde está permitido amedrentar, empujar al juez de línea y mear la puerta de la oficina en la que se atrincheran los organizadores. Pobres: pocas personas reciben mayor cantidad de mierda por trabajos más inanes.

—¿Te sigues peleando en el fútbol?

—Me pegué saliendo de la regadera.

No sé por qué cuando inventamos accidentes le echamos la culpa al baño.

—Qué mal mentiroso eres, qué bárbaro.

Matilda apareció arrastrando su mochilita azul cielo con su típica lentitud caracolesca, incómoda de tener que ir otra vez con su papá a ese departamento donde no están sus juguetes y vestidos favoritos. Para variar traía un exceso de tonterías para entretenerse, como si mi casa fuera un búnker. Con la mano izquierda jalaba su mochila y con la derecha cargaba unos DVD de *La era del hielo*, sus plumones para colorear y —el golpe de gracia— un mamut de peluche que Christian le trajo de San Diego, a donde todos los años va a una convención para nerds como él. Así baja Matilda todas las semanas, sin importar qué tanto abastezca el departamento con las películas que le gustan o con juguetes nuevos. Alicia está detrás de esto, claro. La imagino antes de que yo toque la puerta, pidiéndole a mi hija que no se le olvide su peluche favorito, solo para quemarme el hígado.

—¡Pulga! ¿Qué tanto traes ahí?

—Nada —me respondió, sin alzar la mirada, recostando la frente sobre la cintura de mi exesposa. Alicia le rodeó la nuca con los dedos, le acarició los bucles castaños y después la apretó hacia ella. Más que indeseado me sentí trivial, como un vendedor de enciclopedias, interrumpido.

piendo una linda tarde entre madre e hija para ofrecer algo que nadie quiere ni necesita.

Aún sin soltar a Matilda, Alicia me volteó a ver y suspiró.

—Vi lo del huracán —me dijo—. Le mandas un beso muy grande a Emi y a tus papás de mi parte. Ojalá todos estén bien.

No había manera de que le comunicara sus buenos deseos a mi familia, con quienes disfruto pretender que Alicia nunca existió. De cualquier modo le aseguré que así sería y le di las gracias. Tomé la mochila de Matilda, pero no me dejó ayudarla con el resto de sus tiliches. Alicia le dio un beso en la boca (sí, es de esas personas) y nos despedimos, con una mano arriba, manteniendo el Protocolo de Distancia Posmarital.

—¡Que duerma en su cama! —me gritó, y cerró la puerta.

Matilda tiende a animarse cuando ya estamos solos. Apenas arranqué empezó a platicarme de una amiga suya que se había enojado con la maestra. Cada vez que Matilda se sube al asiento de atrás y empieza a hablar conmigo siento que disfruta mi compañía, que soy un buen papá. El divorcio fue un acierto, Martín. La niña no resiente tu ausencia. Está feliz de verte. Es más: estaría menos contenta si te viera diario.

Apenas metí la llave en la cerradura, Matilda me pidió que la ayudara a hacerse una trenza. Puse mi portafolio sobre la mesa del comedor y me pidió que viéramos una película. Coloqué su mochila sobre la cama (el marmut de *La era del hielo* decora el edredón) y me pidió que me sentara para enseñarme algo que había dibujado en la mañana. Cuando por fin pude abrir la boca, le pedí que leyera un rato en lo que terminaba de trabajar.

—Pero quiero estar contigo.

—Después de cenar.

—¿Por qué después de cenar?

—Porque voy a trabajar un rato.

—¿Y por qué no trabajas conmigo?

Le dije que podía leer junto a mí solo si me prometía no hacer ruido. Me juro que así sería. A los cinco minutos ya la había escoltado de vuelta a su cama con un libro que le compré en internet, *Caminando con bestias prehistóricas*, que me costó casi cuarenta dólares. Revisé las noticias. El huracán Héctor acababa de tocar Cozumel. Nadie de mi familia respondía mensajes.

Antes de perder todo, cuando aún era un tipo ocu-
rrente, mi papá decía que para conocer a una persona lo
mejor era visitarla al atardecer, en el limbo entre el tra-
bajo y la rutina de la noche, antes de que se siente a cenar,
se ponga la pijama y prenda la tele. Quién sabe por qué se
nos quedan algunos consejos. Supongo que recordamos
los más acertados o los más idiotas. Este de mi papá nun-
ca lo he olvidado. Pienso en mi departamento. El ruido
de avenida Revolución, demasiado cerca. La ventana que
da a una calle sin árboles, a la luz de una modesta pape-
lería, a peatones que caminan como si no quisieran llegar
a donde van. El sol que únicamente ilumina la sala en la
tarde, cuando rebota sin fuerza en las ventanas del edifi-
cio de enfrente. La pantalla sucia de mi televisión. Mi
librero con los CD de Frank Sinatra, novelas que leí en
mis veinte y *souvenirs* de mi matrimonio que conservo
más por abulia que por nostalgia. Los rincones donde
debería de haber plantas, las paredes que necesitan cua-
dros, las repisas que se verían mejor con postales y fotos.
La taza despostillada en la que tomo otro café, mientras
trabajo y contengo otro bostezo. Mi hija leyendo sobre
animales que existieron en un pasado tan remoto que solo
nos queda imaginar cómo fueron. Me veo desde afuera,
a las ocho de la noche, y veo una vida en la que cada día
es menos alegre que el anterior.

Matilda se durmió a las diez, después de que le pre-
parara sus quesadillas y una leche con vainilla en polvo.

La llevé a su cama. Al separarla de mí, sus uñas se aferraron a mi cuello.

Una hora después apareció en el marco de la puerta, con el mamut bajo el brazo, tallándose los ojos con los nudillos. No tuvo que decir nada. Palmeé la almohada que le pertenecía a su madre y la invité a acostarse junto a mí.

Le digo a Paula o Paola que me pegué saliendo de la regadera. Me ve como Alicia, con cara de no te creo una palabra. Después nos quedamos callados, las preguntas de rutina ya echadas, y ella se disculpa y se va, dejándome solo con el ataúd. El metal está helado.